

FRAY DIEGO VELAZQUEZ



La noticia se extendió con rapidez por todo el reino castellano.

Los cortesanos la comentaban desfavorablemente, burlándose de tan quijotesca aventura. En cierto modo tenían razón. El nombre de Raimundo era para ellos poco menos que desconocido. Medio castellano, medio navarro, este monje era muy diestro en cantar salmos en el coro, no en empuñar las armas. Había pasado su juventud en la clerecía, luego, con otros anacoretas, había levantado el monasterio de Fitero que estaba muy lejos del prestigio y riquezas de las grandes abadías.

«Evidentemente es un disparate», decían los capitanes y hombres de guerra. El dejó decir, «et maguer que algunos lo tenían por locura, fuele después ende bien, como a Dios plogó».

Raimundo predicó la cruzada, enfervorizó a la gente con su fogosa elocuencia, y la gente acudía a poner en sus manos la vaca, el caballo, su dinero, su fuerza y su espada.

Entretanto, fray Diego organizaba la resistencia, armaba a los cruzados, abastecía la plaza, se enfrentaba con el enemigo y salvaba la frontera.

Calatrava siguió siendo cristiana (1).

Para poder calibrar debidamente la magnitud de la gesta calatravense, es preciso tomar el agua de más arriba.

La fecha del 21 de agosto de 1157 quedó marcada con negros colores al perder España uno de sus mayores soberanos, Alfonso VII, denominado «el emperador». He aquí cómo un manuscrito del siglo XVIII nos describe en breves pinceladas los últimos momentos de este egregio príncipe: «Habiendo pasado a la guerra de Andalucía contra los moros, y volviendo después a Toledo, fue sorprendido en el camino de un accidente

(1) Cfr. FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL: *El monasterio en la vida española de la Edad Media*, Barcelona, 1942, pág. 94.

mortal en el puerto de Muradal, cerca de un pequeño pueblo llamado Fresneda. Arrose luego su tienda de campaña, arriada a una encina, y administrándole los Sacramentos don Juan, arzobispo de Toledo, expiró en aquel campo con muestras de singular piedad y devoción, el día 21 de agosto deste año 1157, teniendo de edad 51 (2)».

El sentimiento del pueblo fue general por perder en él al príncipe adornado de grandes virtudes, defensor incansable de la patria, luchador ambicioso de ensanchar sus fronteras, que sucumbió en pleno campo de batalla (3), cuando todavía su juventud (4) podía prometerse incontables laureles sobre la morisma.

Fue una gran pérdida para España, pero de manera especial lo fue para la Orden Cisterciense. No hubo príncipe que mostrara más afán en extenderla por todos sus dominios; su ambición aspiraba a dotar a todas sus provincias de un monasterio, al menos, de la Orden de San Bernardo: «Nuestra religión cisterciense fue la que más a manos llenas disfrutó de su piadosa liberalidad, llegando a diez el número de Monasterios (5) que fundó y dotó con toda magnificencia (6)».

Un hecho hay en la vida de Alfonso VII que oscurece no poco aquel su afán por ensanchar los dominios de España, aquellas virtudes manifiestas de que dio ejemplo, aquel celo por extender el nombre cristiano: la torpe división del imperio forjado a costa de tantas fatigas entre sus dos hijos Sancho y Fernando.

Esta acción poco benéfica para la patria la llevó a cabo —al decir de los historiadores— siguiendo el consejo de los grandes del reino, en especial de los condes Manrique de Lara y Fernando de Trastámara, quienes abrigaban una firme esperanza de salir ellos beneficiados (7).

Ambos hermanos, Sancho y Fernando, entraron inmedia-

(2) Cfr. MANUEL DE CALATAYUD: *Memorias del monasterio de Fitero*, ms., Monasterio de San Isidro de Dueñas (Palencia), pág. 130.

(3) «Estas gloriosas fatigas por extender el nombre de Cristo y su santa Ley le acarrearón la muerte; que sucedió el año 1157, en el puerto de Muradal, cerca de un pequeño pueblo llamado Fresneda, donde le sobrecogió un accidente mortal, viniendo de la guerra de Andalucía contra los moros». (R. MUÑIZ: *Médula Histórica Cisterciense*, Valladolid, 1787, tomo VI, pág. 5).

(4) Había nacido el 1.º de marzo de 1106. Tenía, por lo tanto, 51 años.

(5) He aquí los principales monasterios que deben su existencia al emperador: Moreruela, Valparaíso, Osera, Fitero, Sacramenia, Montsalud, Sobrado, Melón, Meira, Armenteira, Huerta, La Santa Espina, etc.

(6) P. ROBERTO MUÑIZ, o. y lug. cit., pág. 4.

(7) Cfr. P. MANUEL DE CALATAYUD: *Memorias del Monasterio de Fitero*, ms. existente en la biblioteca de San Isidro de Dueñas, lug. cit.

tamente en posesión de sus derechos, el primero en Castilla, Extremadura y Toledo, y el segundo en León y Galicia.

Don Sancho —por sobrenombre el Deseado— después de permanecer algún tiempo en Toledo, luego de las honras fúnebres de su padre, se encaminó a Sahagún a fin de solucionar algunas dificultades surgidas entre su hermano Fernando y algunos nobles, entre los cuales se hallaba D. Poncio de Minerva. Todo quedó solucionado, aunque no faltaron dificultades, ratificándose entre los dos hermanos los vínculos de amistad y concordia (8).

Desde Sahagún se encaminó a Burgos, y el 28 de octubre se hallaba en Soria. Posiblemente en este viaje llegaron a sus oídos las primeras noticias de la amenaza árabe que se estaba fraguando a la otra parte de las líneas cristianas. Sin perder tiempo se dirigió a Toledo para organizar la resistencia.

«Luego que los infieles tuvieron noticia de la muerte del emperador, cuyo valor y esfuerzo los tenía amedrentados, y viendo por otra parte desarmado el poder de Castilla con la división de los dos Reynos, empezaron a levantar gente, y convocar muchas tropas de Almohades (9), que venían del Africa, con tanto ardor y brevedad, que muy luego se adelantó la voz de este armamento, con tan melancólicas noticias, que ya se suponía por cierto venía un poderoso exercito de moros contra el Reyno de Toledo (10)».

Efectivamente, la muerte del emperador corrió rápidamente por todos los países árabes y creyeron llegada la ocasión más propicia para intentar un desquite, vengando tantos agravios como habían recibido de su espada siempre vencedora. Apresuráronse a hacer levas de tropas en todo el norte africano y estados peninsulares, para formar un poderoso ejército y lanzarlo contra Castilla. El primer ímpetu de ataque apuntaba a la formidable fortaleza de Calatrava, plaza de las riberas del Guadiana, llave de acceso a los reinos cristianos.

La plaza de Calatrava había sido conquistada por Alfonso VII en 1147, quien consciente de su importancia estratégica,

(8) «Tunc rex Ferdinandus cum esset piissimus e benignus, omnia quae Rex Santius dixerat, acceptavit et statim ab invicem amicabiliter recesserunt». Cfr. D. RODRIGO JIMÉNEZ DE RADA: *De Rebus Hispaniae*, libro VII, c. 12. Este testimonio de este ilustre historiador, desvanece por completo la afirmación de otros historiadores que quieren ver en esta entrevista de ambos hermanos la ocasión de romper las relaciones y vivir enemistados.

(9) Gente feroz y belicosa que penetró en España en 1150. Cfr. SANDOVAL: *Crónica del emperador D. Alonso VII*, c. 56.

(10) P. ROBERTO MUÑIZ: *Médula Histórica Cisterciense*, lug. cit., páginas 10-11.

la puso en manos de los caballeros del Temple, la orden militar cubierta de fama por sus proezas bélicas en el lejano Oriente. Habían sido fundados para defender a los peregrinos que se dirigían a visitar los Santos Lugares (11).

«Esta plaza —escribe un ilustre historiador— situada casi en el centro de los pueblos oretanos y a la orilla meridional del famoso río Guadiana, tan cercana a él que sus fosos se inundaban con las aguas del mismo río». Hace de ella breve descripción el V. D. Rodrigo por estas palabras: «Aunque aquel castillo estaba situado en llano, sin embargo por una parte le hacía inaccesible el agua que bañaba sus muros, y por otras lo fuerte de sus murallas, antemural, fosos, parapetos y rebellines: de modo que sin el auxilio de una larga batería de máquinas parecía imposible su conquista» (12).

Perseveraron los caballeros templarios defendiendo la plaza de Calatrava por espacio de dos lustros, rechazando los embates de los moros, que en distintas ocasiones desencadenaron sus ataques con vistas a conquistarla. Mas llegó un día en que oyendo los rumores de preparativos bélicos a la otra parte de las líneas, exagerados por la fantasía popular, tan propensa en llevar a la hipérbole las más insignificantes noticias, sobre todo si son desagradables, decayeron de ánimo y se sintieron impotentes para seguir por más tiempo en la defensa de aquel baluarte. De aquí la resolución de poner en manos del rey la plaza que les confiara un día su padre.

«Los moros —escribe Moret— comenzaron a hacer grandes levadas y con grande estruendo de jornada en toda España y Africa, y a pasar el Estrecho. Era la voz y fama de la jornada cargar sobre Calatrava, a la ribera del Guadiana: y de la otra parte de él hacia el Tajo estrechar a Toledo y cortar el paso para Andalucía: con lo que cayesen las plazas que allí se tenían por los cristianos. Puso tal voz, ruidosamente publicada, en grande suspensión y cuidado a toda España, y con especialidad a Castilla y a su nuevo Rey D. Sancho, turbado, con la muerte reciente de su padre, embarazos en la entrada del Gobierno y mucho más con la grande disminución de fuerzas con la división de los reinos. En la villa de Calatrava de los Templarios, por donación de los reyes, aterrados con el riesgo que amenazaba, la volvieron a manos del Rey Sancho porque no se per-

(11) Llamáronse Templarios estos caballeros por haber tenido su primer asiento junto al Templo de Jerusalén. En la institución y consolidación de esta milicia tuvo notable intervención San Bernarndo, dictándoles las leyes por las cuales se regían.

(12) *Médula Histórica Cisterciense*, o. y lug. cit., págs. 6-7.

diesen en las suyas: confesando falta de poder para ponerla en defensa» (13).

Tal decisión de los Caballeros no pudo ser más desconcertante para el joven Rey, máxime en circunstancias tan críticas en que por doquier se comentaba el pelibro inminente del ataque árabe. ¿Qué medida tomar? ¿Cómo solucionar la crítica situación? ¿Quién sería capaz de llenar el hueco ocasionado por los templarios?

Surgió la primera medida: Pregonar por todo el Reino la cesión de la plaza —una de las más ricas del Reino— a aquel príncipe o rico hombre que se sintiera con coraje para encargarse de la defensa (14).

Muchos personajes merodeaban por la corte, llenos de ambiciones terrenas, que la hubieran aceptado de buen grado, de no haber oído que a la otra parte de la líneas se estaba formando el gran ejército sediento de lucha y de revancha. Sin embargo, nadie se atrevió a desplegar los labios siquiera fuera para librar de aquella pesadilla a su rey.

El monarca se sentía cada vez más consternado, en vista de esta actitud negativa de los nobles, y esperaba con ansiedad la hora de verse libre de aquella terrible angustia. Esta no tardaría en llegar. Dios, en sus inescrutables designios, tenía prevista una solución inesperada, desconcertante a todos los cálculos humanos.

Cuando más atormentado se hallaba el ánimo del rey, llegó a Toledo una embajada singular: dos humildes monjes del Cister, que dejando su monasterio, Fitero —en la raya de los tres reinos de Castilla, Navarra y Aragón—, se encaminaron a la Corte sin que se sepa hasta hoy la causa qué motivó aquel viaje. Suponen unos que San Raimundo quería presentar sus respetos al nuevo soberano; otros, que buscaba la confirmación plena de las posesiones recibidas de sus antecesores; quienes, por fin, discurren otros motivos, pero en vano, nadie sabe la causa de la singular embajada.

Antes de pasar adelante se impone la necesidad de ofrecer la semblanza del hombre que más campea en la epopeya de Calatrava:

(13) J. MORET: *Anales del Reino de Navarra*, Tolosa, 1890, t. 3, pág. 367.

(14) Los términos de Calatrava comprendían —según el privilegio de donación de Alfonso VII— veintiocho leguas de largo por otras tantas de ancho, contándose entre su territorio numerosos pueblos de importancia.

SAN RAIMUNDO DE FITERO

«La vida de San Raimundo está envuelta, por desgracia, en gran oscuridad, habiendo sido objeto de grandes debates su patria, nacimiento, apellido, monacato, sus desacuerdos con los cistercienses, y hasta la fecha de su muerte.» (15)

Así, en este tono pesimista inicia su biografía de San Raimundo el autor del tomo 50 de la España Sagrada. Tiene motivos para ello. Ciertamente, la mayor parte de la vida del glorioso fundador de Calatrava está rodeada de misterio, parte por el silencio de los historiadores coetáneos, parte por haberse cruzado por medio escritores nada recomendables que han llevado al error a la mayor parte de los biógrafos. El principal sembrador de discordia ha sido un monje denominado «fiteriense», que en realidad es francés, y según el sentir del P. Muñiz, es tachado de «declarada malicia» por haber propalado multitud de embustes, y haber sumergido a la posteridad «en mil sombras por el tesón de recriminar las resoluciones de nuestro Santo (San Raimundo) y al defender a fuego y sangre los derechos del Monasterio de Escala Dei contra el de Fitero» (16).

En diversos lugares hemos desvirtuado la leyenda del «fiteriense» en quien se basan la mayoría de los historiadores, sobre todo franceses, que tergiversan los acontecimientos en torno a San Raimundo, diciendo de él las cosas más inverosímiles (17). Aquí no es posible detenernos a esclarecer los hechos, sólo trataremos de referir la verdad escueta.

Pasamos por alto la opinión de los escritores franceses, quienes es natural lo hagan oriundo de su país, por haberse inspirado en el tristemente célebre paisano suyo el «fiteriense» (18). He aquí lo que hay de más verosímil sobre el origen de San Raimundo.

(15) V. LA FUENTE: *España Sagrada*, t. 50 pág. 37.

(16) Cfr. P. ROBERTO MUÑIZ: *Médula Histórica*, obr. y lug. cit., páginas 57 y 77.

(17) Cfr. FR. M.^a DAMIÁN YÁÑEZ: *Origen de la Orden de Calatrava*, en «Cistercium», año X (1958), pág. 275 y sgs. FR. MARÍA DAMIÁN YÁÑEZ: *El Monasterio de Fitero* (en prensa), introducción al ms. del P. MANUEL DE CALATAYUD, intitulado *Memoria del Monasterio de Fitero*.

(18) He aquí algunos escritores franceses que hacen a San Raimundo oriundo de su país: F. GUTTON: *L'Ordre de Calatrava*, París, 1955, página 29, nota 1.^a. EL CONDE DE BROQUA: *Le Portugal Feudataire de Clairvaux*, Dijon, 1927, pág. 14. M. COCHERIL: *Les Cisterciens dans la Península Ibérique*, en *Anuario de Estudios medievales*, Barcelona, 1964, pág. 240, no. 74, citando a F. GUTTON: *Le culte de Saint Raymond, Abbé, «Cîteaux»*, XIV (1963), págs. 25-32. También algún escritor español ha seguido el parecer de los escritores franceses, entre ellos MORET: *Anales del Reino de Navarra*, Tolosa, 1890, t. 3.^o, pág. 367, pero en ello se basan en el «fiteriense», desprovisto enteramente de crédito.

Ya Mascareñas rebatió en el siglo XVII los argumentos de los autores franceses de una manera muy fácil. «Cuatro son las opiniones —escribe— en que se diuiden los que escriuen de Raymundo acerca de su patria y cada vna tiene muchos que la apadrinan. De la villa de San Gaudencio en el Condado de Convenas le hazen los autores franceses, sin otro fundamento que dezirlo. Llevariales sin duda a firmarlo, sino ya el afecto con que se atribuyen todo lo bueno, la consideración de ser hijo en la Orden del Conuento de Escala Dei en Francia, de donde pasó a España» (19).

Hay dos razones poderosas que disuaden el origen francés de San Raimundo. Es cierto, como luego veremos, que San Raimundo fue canónigo de Tarazona, por más que pretendan olvidar esta cualidad los historiadores franceses (20); ahora bien, ¿qué hacía San Raimundo, «un francés», en un cabildo español? ¿No parecería un aviso raro?

La otra razón la juzgamos aún de más peso. Si San Raimundo fue francés, como quieren algunos, no se comprende tomara tan a pecho la defensa de Calatrava, pues es difícil convencer de que a un francés, por más virtuoso que sea, le interesen tanto las cosas de España como interesaron a San Raimundo. La epopeya de Calatrava solamente la pudo realizar un héroe y un español que llevara en lo vivo el amor a la patria.

La tradición casi unánime le hace oriundo de Tarazona. «Entre tanta variedad de opiniones —dice La Fuente— y tan infundadas —alude a los que quieren hacerle de San Gaudencio, siguiendo la falsa información del «fiteriense» —lo más aceptable parece seguir la tradición antigua de la iglesia de Tarazona y del Monasterio de Fitero, que le tiene por natural de aquella ciudad. El Ayuntamiento puso su retrato entre los de sus hijos célebres, y el Monasterio de Fitero tenía una inscripción en su biblioteca en la que le suponía natural de Tarazona. No es fácil decir de cuándo data esta tradición, pero ello es que subsiste y que no habiendo otra población que la dispute, con mejores ni aún tan buenos datos, parece debe estarse a ella y a favor de la ciudad de Tarazona, a cuya opinión se adhiere el P. Muñiz, último que escribió en España sobre esta materia, si-

(19) *Definiciones de la Orden de Calatrava*, Madrid, 1652, pág. 1.

(20) Cfr. F. GURTON, o. c. *Compte de Broqua: Le Portugal feudataire de Clairvaux*, Dijon, 1927. Si bien este último autor anda tan despistado, que hace a San Raimundo nada menos que Arzobispo de Toledo, sucesor de Bernardo de Serillac: «Raymond de Burever, moine de L'Escaie-Dieu, élu abbé de Santa Maria de Fitero en Navarre, qui succéda a Bernard de Sérillac sur le siège de Toledo...» (pág. 14). Por si fuera poco, repite en la pág. 37: «L'abbé Raymond, plus tard archevêque de Toledo...».

guiendo la opinión del P. Manrique, el cual se declaró también a favor de Tarazona y su tradición, a pesar de haber visto las conjeturas de los que arriba se han citado y otros que se omiten (21)».

Por lo general, la mayoría de los historiadores apellidan **Sierra** a nuestro Santo. Cada cual, según la región, se lo adapta a su manera. Así, los catalanes le llaman **Serra** o **Serrat**, los franceses **Cerat**, y los castellanos **Sierra**. Por si fuera poco, otro autor —no sabemos de dónde lo habrá sacado— le apellida de **Burever** (22).

Los documentos de Fitero —abundantísimos por cierto de aquella época— ni una sola vez mencionan tal apellido. Por otra parte, D. Rodrigo Jiménez de Rada, el historiador más seguro y próximo a los tiempos del Santo, tampoco el aplica tal apellido en las muchas veces que cita su nombre; en cambio, tuvo muy en cuenta consignar siempre el apellido de su compañero, Fray Diego Velázquez. La primera vez que se comenzó a aplicar al Santo tal apellido, fue en el tumbo del monasterio de Montesión, del siglo XVI o XVII, época demasiado moderna y desprovista de apoyo para que le podamos dar crédito (23).

Decíamos que los historiadores franceses prescinden, por lo general, de conceder a San Raimundo la dignidad de canónigo de Tarazona, quizá porque no les interesa para sus fines, considerando algo chocante que siendo francés como quieren, se halle enrolado en un cabildo español. Sin embargo, está fuera de duda que perteneció al cabildo de Tarazona. «Que San Raimundo fue canónigo de Tarazona —escribe La Fuente— consta por la donación del Obispo don Miguel, primero después de la reconquista, en que le llama *quondam Ecclesiae nostrae filio*, expresando que había tomado el hábito monástico y era a la sazón Abad de Niencebas (24)».

Algunos suponen que hizo sus primeros estudios en París, pero no hay fundamento alguno para sostenerlo: «Suponen al-

(21) *España Sagrada*, t. 50, pág. 39.

(22) Cfr. *Compte de Broqua*, o. c., p. 14.

(23) «El apellido Sierra que la dan los modernos, no tiene fundamento alguno en la antigüedad». (Cfr. P. MANUEL DE CALATAYUD: *Memorias del Monasterio de Fitero*, núm. 60. El apellido de este Santo, según HACERA, fue Sierra; MASCAREÑAS y CARBALLO dicen que es Sierra; pero a la verdad, ni de uno ni de otro apellido se hace mención en las escrituras antiguas, ni menos se halla tal noticia en los escritores del tiempo de nuestro Santo, ni muchos años después; ni de él hace mención D. Rodrigo, siendo así que expresa el de su compañero Diego Velázquez». (Cfr. P. MUÑIZ: *Médula Histórica Cisterciense*, o. y lug. cit., pág. 429).

(24) *España Sagrada*, o. y lug. cit., pág. 40.

gunos que fue a estudiar a la Universidad de París, cosa muy incierta, por no decir enteramente gratuita» (25). La razón más poderosa nos la da el P. Calatayud al afirmar que en tiempo de la pubertad de San Raimundo aún no estaba fundada la universidad de la capital francesa (26).

También probamos en nuestro aludido trabajo (27) que carece de fundamento documental la opinión de que fuera a tomar el hábito del Cister en el Monasterio francés de Scala Dei. Nos parece más lógico —en vista de la carencia de documentos indicando lo contrario— el parecer de don Vicente la Fuente: «Otros dicen que teniendo noticia del Monasterio de Scala Dei en la Gascuña, dejó el ábito de canónigo de Tarazona para ir a tomar el cisterciense en este Monasterio... Creo preferible la opinión de los que suponen que habiendo venido Durando de Scala Dei a fundar, y fijado su residencia en el monte Yerga, con toda la austeridad de los primitivos Cistercienses... San Raimundo, deseoso de vida más austera y noticiosa de la que hacían aquellos monjes en el monte Yerga, dentro de la diócesis, **habitu monástico in melius mutato**, como dijo su Obispo don Miguel. Ignórase a punto fijo la época en que lo hizo» (27 bis).

«Algunos domésticos han opinado —añade el P. Calatayud— que Raimundo tomó el hábito en el Monasterio de Yerga, no tenemos otro testimonio de que lo recibiese en Scala Dei, sino el ser Fiterio filiación de aquel Monasterio» (28).

La objeción puesta por los contrarios de que era imposible se viera sublimado San Raimundo al gobierno del Monasterio de Niencebas en el mes de junio de 1141, según lo atestigua un documento, carece de interés y es fácil solucionarla con sólo pensar que habiendo pertenecido el Santo al cabildo de Tarazona, que por aquellos tiempos observaba la regla de San Benito, nada de chocante tiene que al año o año y medio de entrar en el monasterio le sublimaran sus hermanos a la dignidad de la casa, pues al pedir la admisión en Yerga, se trataba algo así como de tránsito de un instituto a otro. Conocía y ha-

(25) Ibid.

(26) Cfr. P. CALATAYUD, obr. cit., ms., núm. 57.

(27) Véase nuestra introducción de la obra en prensa: *El Real Monasterio de Fitero*, y en *Cistercium*, año X (1958), pág. 279.

(27 bis) *España Sagrada*, lug. cit., pág. 40-41.

(28) *Memorias del Monasterio de Fitero*, núm. 63. Del mismo parecer es el P. ROBERTO MUÑIZ, quien afirma que San Raimundo no necesitaba trasponer los Pirineos para satisfacer sus ansias monásticas, por tener en su misma patria, dentro de su diócesis, lo que ambicionaba su alma. Cfr. *Mécula Histórica Cisterciense*, tomo VI, lug. cit. Podríamos aducir más testimonios, pero juzgamos suficientes los anteriores para probar nuestra tesis de que San Raimundo no salió de España ni para estudiar ni para ser monje.

bía vivido la santa Regla que luego tendría que enseñar a sus hermanos.

Los primeros monjes procedentes de Scala Dei llegaron a Yerga en el año 1140, según parece desprenderse de un documento otorgado por Alfonso VII, aunque existe la hipótesis de que en aquel lugar existían desde mucho antes unos solitarios haciendo vida eremítica.

Una cosa hay cierta, en junio de 1141 se hallaba ya San Raimundo al frente de la pequeña comunidad de Yerga, y habiendo recibido de la generosidad real un lugar más apto, trasladó la comunidad a Niencebas, donde se mantuvo hasta 1152 en que de nuevo la trasladó a su última sede de Fitero donde perduraría por los siglos.

San Raimundo vivía entregado a la formación de sus religiosos y se esmeraba en acrecentar sus bienes para asegurar una existencia próspera. La documentación abundantísima de aquellos tiempos demuestran una vez más que los santos han sido hombres de Dios, pero no por eso vivían ajenos a los intereses humanos cuando éstos son medio para fomentar la vida interior.

Como no es nuestro intento forjar la biografía completa de este gran hombre, nos contentaremos con aducir aquellos episodios más relacionados con su compañero de embajada ante el Rey Sancho III de Castilla.

UN HEROE BURGALÉS DESCONOCIDO

Cuando más angustiado se hallaba el monarca castellano discurriendo el modo de poder desentenderse de la pesadilla de Calatrava, colocándola en manos seguras, llegaron a la Corte dos monjes cistercienses procedentes del Monasterio de Fitero. Al primero ya le conocemos, el abad San Raimundo; el otro, fray Diego Velázquez, protagonista de este estudio.

Nos extraña sobremanera que este personaje haya estado tan olvidado de los españoles, y aún más de sus propios paisanos los burgaleses.

Quisiéramos tejer en este lugar la biografía completa de este esclarecido varón, tan olvidado, por lo general. La mayoría de los historiadores se contentan con ofrecer su nombre al aldo de San Raimundo, como uno de tantos compañeros que sigue a sus abades a la Corte de Toledo. No se destaca su brillante actuación en la organización y defensa de Calatrava.

Es cierto que las noticias que de él nos han transmitido son escasas, pero las pocas llegadas hasta nosotros son sufi-

cientes para descubrir en él dos virtudes envidiables: soldado heroico, monje santo.

El primer panegirista de fray Diego Velázquez es el historiador don Rodrigo, si bien, es parco en noticias: «Fray Diego Velázquez —escribe— hombre descendiente de la nobleza, en otro tiempo valeroso soldado, había nacido en la Bureba y en su juventud se crió con el Rey D. Sancho. Viendo al Rey preocupado porque nadie se atrevía a defender Calatrava, persuadió a su abad que pidiese al Rey la plaza, y aun cuando en un principio el abad se sintió contrariado, al fin condescendió con los deseos del monje, y presentándose al Rey le pidió Calatrava» (29).

De este sencillo relato podemos colegir varias particularidades. Ante todo el lugar de su nacimiento, la Bureba —«corazón de la tierra de Burgos», que diría Azorín—, si bien, no se especifica el lugar exacto de su nacimiento (30).

Tampoco señala el año de su nacimiento, pero podemos deducir una fecha aproximada. Aquellas palabras de D. Rodrigo: «Cum rege Sanctio enutritus», criado o alimentado en compañía del Rey Sancho, demuestran que debía tener poco más o menos los mismos años, pues no suelen dar los reyes por compañeros de sus hijos a niños muy mayores que ellos. Ahora bien, si D. Sancho nació hacia 1140, poco antes de esta fecha debió nacer fray Diego Velázquez.

También nos indica la calidad de la familia, «homo nobilis», descendiente de la nobleza, y el tenor de vida ejercida en la juventud, el arte de las armas, en las cuales debió obtener señalados triunfos, como lo demuestra el término que emplea D. Rodrigo «strenuus», valiente, valeroso...

Un historiador nos ofrece la genealogía de nuestro héroe. «El V. Fr. Diego Velázquez, de quien hace mención el Arzobispo D. Rodrigo, asegurando ser natural de la Bureba, fue descendiente de la ilustre y distinguida casa de Ayala, de la que proceden los Condes de Fuensalida, cuyos estados después de haber recaído en la de Estepa, pasaron en estos días a la de Altamira. D. Francisco Mosquera de Barnuevo en su Numantina, dice

(29) «Didacus Velasqui, homo nobilis et quondam strenuus in officio militari, et de Buronae partibus orindus, et a iuventute cum Rege Santio enutritus. Qui videns regem Sollicitum pro obiscrimine Calatravae, suasit Abbati ut a Rege peteret Calatravam, et licet Abbas se a principio retraxisset, demun consentit monacho olim iliti, supplicanti, et accedens ad Regem, petiit Calatravam». (Cfr. *De Rebus Hispaniae*, VII, c. 14).

(30) Todos dos los autores coinciden en señalar la Bureba como la cuna de Fray Diego Velázquez, pero ninguno nos ofrece el lugar exacto de su nacimiento.

que Ortun Sanz, señor que fue de la casa de Ayala, trae su origen de D. Vela de Aragón, quien tuvo un hijo que se llamó Sancho Velázquez, a quien el Rey D. Alonso que ganó a Toledo dio el valle de Ayala y su señorío, y que de esta ilustrísima casa proceden diez de las mejores de España, que son la de Calderón, la de Perea, la de Basurto, la de Mariaca, la de Montes, Zalduerna, Marroquí, Gamboa y Barroso, de la que procede el Marqués de Malpica.»

«En la historia ms. que compuso el Canciller don Pedro López de Ayala de los señores de su casa y apellido y que conserva entre sus apreciables papeles D. Rafael de Florantes, señor de Tabaneros, hablando del treceno señor de dicha casa, dice así: «Don Vela Velázquez el fijo mayor que vos habemos dicho ovo todo el señorío de sus padres e dio muchos bienes a Monesterios e Iglesias, e quando se ovo de tomar Casa Santa de Hierusalén, este fue allá en ayuda de los Christianos e plugo a nuestro Señor Dios de darles victoria, e el quando se ovo a partir dejó cargo de la tierra a su fijo heredero don Galín Velázquez, porque la toviere por él e la governase con los otros parientes del solar... E don Vela... ovo fijo primero a don Velasco; mas éste murió mozo de poca edad, e fenesció en él la Nombradía tantos tiempos usada; e quedó por mayor Don Galín Velázquez, el hermano segundo que vos ya dijimos e por tercero Don Fortún Velázquez, e después de él D. Diego Velázquez que tomó Regla, e fue en ganar Calatrava. E estos ambos ovieron sus herencias fuera por su Madre en Bureba e Castilla la Vieja» (31).

De ser cierto el relato que nos ofrece este ilustre historiador, nos parece relativamente fácil poder llegar en ulteriores trabajos a concretar el lugar exacto de su nacimiento. En esta ocasión no nos es posible señalarlo. Una cosa hay cierta: Burgos es su patria chica. En esto coinciden todos los autores.

Antes de entrar en el claustro se dedicó a la carrera de las armas, en las cuales ya hemos dicho su comportamiento valeroso, pero llegó un día en que sintiéndose llamado a la vida religiosa, todo lo abandonó por conseguir la paz y quietud del Monasterio de Fitero.

Ignórase la entrada de Fray Diego en el Monasterio. Desde luego debió de ser antes de 1157, época en que aparece acompañando a su abad a la Corte toledana.

Una vez identificados los dos monjes protagonistas de la embajada ante Sancho III, podemos ya profundizar en los

(31) MUÑIZ: *Médula Histórica Cisterciense*, t. VI, págs. 363-365.

efectos de la misma, destacando de manera particular la actuación de Fr. Diego Velázquez.

Unos suponen que San Raimundo quería presentar sus respetos al nuevo rey; otros, que buscaba una confirmación plena de todas las posesiones recibidas de su padre Alfonso VII. La verdad es que nadie sabe con exactitud los motivos de aquel viaje.

«Después que Raymundo se pasó al sitio de Fitero y fundó con ayuda de D. Pedro Tizón aquel Monasterio insigne, quando ya avia crecido la Casa en posesiones y rentas, que por una parte los Reyes; y por otra la gente rica le davan liberalmente, sucedió la muerte del Emperador D. Alonso y sucesión de su hijo D. Sancho en la Corona de Castilla. Convocó luego Cortes Generales en Toledo, y tuvo necesidad el Abad Raymundo de venir a la Corte este mismo año, forçado de graves negocios de su casa, así por la confirmación de sus privilegios, como sobre las jurisdicciones, títulos y preminencias della.

»Traxo consigo a Toledo a Fray Diego Velázquez, Monge del mismo habito.

»Avia ganado el Emperador a los Moros la villa de Calatrava la Vieja el año de mil ciento y quarente y siete, y puesto en ella para su defensa los Cavalleros Templarios. Sustentáronla ellos diez años con valor, hasta que pasó de Africa el Miramamolín de Marruecos con innumerable exercito, y designio de sugetar a toda España. Tenía aquella Religión muchas plaças a que acudir, y sabía que el mayor impetu del enemigo avia de caer sobre Calatrava como la más importante por el passo de Andalucía a Castilla. Hacían los moros continuas correrías a aquella Plaza, con intento de ganarla, amenazando passar adelante en la conquista de Toledo. No podían resistir los Templarios y así se resolvieron a embiar a su Maestre al Rey D. Sancho, avisandole de las pocas fuerças con que se hallauan para mantener seguramente la Villa, pidiendole la tomase por su cuenta y guarneciese, porque no querían que se perdiese en sus manos una plaza que avia costado tanta sangre de Catolicos. Al fin la renunciaron y el rey la aceptó con poco gusto, bolviendo desde entonces Calatrava a la Corona Real de Castilla.» (32)

He quí otra versión distinta ofrecida por otro ilustre historiador:

«Hallándose a la sazón en Toledo, por singular providencia de Dios, el venerable Raimundo, Abad de Santa María de Fi-

(32) *Definiciones de Calatrava*, o. c., pág. 9.

tero, con ocasión de las dependencias de su monasterio, que poseía tierras en los reinos de Castilla y Navarra como confinante de ambos: y como es creible a pedir confirmación de las de Castilla en la entrada del nuevo reinado, como suele suceder.» (33)

«Por el mes de diciembre —añade el P. Manuel de Calatayud— había al parecer partido para Toledo nro Raymundo, habiendo tenido noticia de que el Rey. Dn. Sancho se hallaba ya en aquella ciudad. El motivo de este viaje de nuestro Santo ninguno lo sabe, y muchos procuran conseguir por conjeturas a mi me ha parecido también exponer la que se me ofrece. El Rey Dn. Sancho de Navarra apenas tubo noticia de la muerte del Emperador, y discordias de sus dos hermanos herederos, se plantó en tudela; era de temer que meditase, convidado de la ocasión, hacer alguna invasión en Castilla.

»Turungén era la plaza más vecina de tudela, y consiguientemente la más amenazada; es verdad que el Navarro no tubo por entonces semexante determinación, pero Raymundo que no veía esa intención, sino el peligro de turungen podía temer ésta con mucho fundamento y con ese motibo pasar a informar al Rey de lo que pasaba, recibir sus órdenes y algunos socorros para la defensa en caso de ser invadido el castillo.» (34)

Está visto, nunca sabremos los móviles que impulsaron a San Raimundo y a fray Diego Velázquez a dejar su retiro de Fitero y dirigirse a la Corte. Sin embargo, una cosa hay cierta: Dios guiaba los pasos de aquellos dos monjes hacia una meta gloriosa: quitar la pesadilla que torturaba el ánimo del rey, y tomar sobre sus hombros la arriesgada empresa de Calatrava.

«Raimundo, cuyo monasterio pertenecía entonces al reino de Castilla, estaba en la Corte castellana, cuando en el momento de mayor empuje almohade, los templarios se declararon impotentes para defender su fortaleza de Calatrava, llave de la frontera. Alfonso VII acababa de morir y su hijo Sancho el Desseado, había acudido a Toledo para vigilar al enemigo. En torno suyo removíase lo más granado de su reino: condes, capitanes, caballeros, obispos, abades. «Et era entonces allí —dice la Crónica General— don Remond, abbad de Fitero, omme fraire et de religión, et avie con él un monge aquien dizien Diago Velázquez, omme fijodalgo et noble et que fera en otro tiempo al siglo omme libre en fecho de caballería, et era natural de tierra de Burrueva et en su mancebía criárase con el rey don Sancho». Y llega la alarmante noticia: Calatrava, abandonada por sus defensores, va a caer en manos de los almohades; la

(33) J. MORET: *Anales del Reino de Navarra*, o. c., pág. 367-368.

(34) *Memorias del Monasterio de Fitero*, ms. o. c., núm. 152.

línea del Tajo está en peligro y Toledo será otra vez musulmana. Los corazones estaban amilanados.

»Pero Velázquez era un héroe y su abad un santo. Después de orar largo rato, tomaron una resolución heroica: la de obligarse a defender la plaza en peligro. El rey se la había ofrecido al valiente que tuviese audacia para aguardar en ella a los infieles. Ningún príncipe, ningún obispo, ningún conde se atrevió a acometer tan temeraria empresa. Sólo aquellos dos monjes.» (35)

Fray María DAMIAN YAÑEZ

(CONCLUIRA)

(35) FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL: *El monasterio en la vida española de la Edad Media*, o. c., pág. 93. Dicen que en un principio el Rey sonrió al oír la propuesta de aquellos dos monjes de hábito raído y pobre. Más, todavía, se burlaban los cortesanos; pero Dios quería hacer patente su poder inescrutable, escogiendo a dos débiles monjes para confundir la soberbia de los cortesanos, amedrentados ante tamaña empresa.